

A continuación encontrarás una muestra del libro
«Temperamentos controlados por el Espíritu - Serie
Favoritos» del autor Tim Lahaye.

Puedes adquirir el libro aquí:
<https://www.editorialunilit.com/temperamentos-controlados-por-el-espiritu-favoritos>

Para mayor información puedes comunicarte con nosotros
por el correo info@editorialunilit.com



CONTENIDO

PREFACIO	
CAPITULO 1	SE NACE CON EL 9
CAPITULO 2	¿SE PUEDE CAMBIAR EL TEMPERAMENTO! 15
CAPITULO 3	CONOZCAMOS LOS CUA- TRO TEMPERAMENTOS BASICOS 19
CAPITULO 4	LO POSITIVO Y LO FUERTE EN LOS TEMPERAMENTOS. 37
CAPITULO 5	DEBILIDADES TEMPE- RAMENTALES. 47
CAPITULO 6	EL TEMPERAMENTO LLENO DEL ESPIRITU . . . 65
CAPITULO 7	COMO SER LLENOS DEL ESPIRITU 83
CAPITULO 8	LA IRA ENTRISTECE AL ESPIRITU SANTO 103
CAPITULO 9	EL TEMOR APAGA EL ESPIRITU SANTO 121
CAPITULO 10	LA DEPRESION: SU CAUSA Y CURACION 145
CAPITULO 11	COMO SUPERAR NUES- TRAS DEBILIDADES 169
CAPITULO 12	TEMPERAMENTOS MODI- FICADOS POR EL ESPIRITU 197

PREFACIO

¡Nada hay en el hombre más fascinante que su temperamento! Es el temperamento el que provee a cada uno de los seres humanos de las cualidades de singularidad, únicas en su género, y que le hacen tan individualmente diferente de sus congéneres como diferentes son las formas que Dios ideó para los cristales de los copos de nieve. Es la fuerza invisible que yace bajo la superficie de toda acción humana, fuerza que puede destruir a una persona normal y útil a menos que se la discipline y dirija.

El temperamento proporciona al hombre fuerzas y debilidades. Si bien nos agrada meditar solamente en nuestras fuerzas, ¡no hay uno solo que no tenga debilidades!

Dios le ha dado al cristiano el Espíritu Santo, que es capaz de acrecentar las naturales fuerzas del hombre y vencer sus debilidades. La intención del autor con la ayuda de los dibujos de John Medina, es la de ayudar al lector a comprender de qué manera el Espíritu Santo lo capacita para superar sus debilidades.

Al escribir este libro he contraído una gran deuda con muchísimas personas. He recurrido a

varios de los más conocidos tratados sobre psicología, a mis observaciones como pastor y consejero a través de 18 años y a mis conversaciones con el psicólogo cristiano Dr. Henry Brandt. Muchas de mis conclusiones las he sacado de un libro escrito por el teólogo noruego Dr. Ole Hallesby, titulado *Temperament and the Christian Faith* (*El temperamento y la fe cristiana*).

Estoy muy reconocido a numerosos editores por haberme concedido permiso para citar de sus libros. Tal reconocimiento queda expresado en las notas de referencia al final de cada capítulo que contiene dichas citas.

SE NACE
CON EL

—¿Por qué será que no puedo controlarme? Sé perfectamente lo que está bien y lo que está mal, ¡pero no lo puedo remediar! Esta afirmación tan frustrante la escuché de labios de un joven comerciante que vino a verme en busca de consejo. No era la primera vez que escuchaba un lamento de esa naturaleza, formulado de una u otra manera; en realidad de verdad, es una experiencia muy común.

Sin duda el apóstol Pablo sentía lo mismo cuando escribió: “. . . porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí” (*Ro. 7:12-20*).

Pablo establecía una clara diferenciación entre su persona y esa fuerza incontrolable que moraba en él al expresar que “ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí”. Ese “yo” es la persona de Pablo, el alma, la voluntad y la mente del hombre. El “pecado” que moraba en él era la natural debilidad que, al igual que todos los seres humanos, heredó de sus padres.

10 Temperamentos Controlados por el Espíritu Santo

Todos hemos heredado de nuestros padres un temperamento que incluye tanto fuerzas como debilidades. La Biblia le asigna a este temperamento diversos nombres, tales como “el hombre natural”, “la carne”, “el viejo hombre”, y “carne corruptible”, por no nombrar más que unos pocos. Es el impulso básico de nuestro ser que busca satisfacer sus deseos. La mejor manera para entender en qué forma controla nuestras acciones y reacciones es establecer, por medio de la definición, las diferencias que hay entre temperamento, carácter y personalidad.

TEMPERAMENTO

El temperamento es la resultante de la combinación de rasgos congénitos que en forma subconsciente afectan el comportamiento del hombre. Estos rasgos se disponen genéticamente en base a la nacionalidad, la raza, el sexo y otros factores hereditarios, y son transmitidos por los genes. Algunos sicólogos sostienen la idea de que más son los genes que recibimos de nuestros abuelos que de nuestros padres. Por ello algunos niños son más parecidos a sus abuelos que a sus padres. El ordenamiento de los rasgos temperamentales es tan impredecible como el color de los ojos, del cabello o del tamaño del cuerpo.

CARACTER

El carácter es el “yo” verdadero. La Biblia se refiere a él como “el hombre oculto del corazón” (1 Pedro 3:4, *Versión Nacar-Colunga*). Es el resultado de nuestro temperamento natural

modificado por la formación que recibimos en nuestra infancia, por la educación y por las actitudes, creencias, principios y motivaciones básicas. A veces se lo denomina "el alma" del hombre, constituida por la mente, las emociones y la voluntad.

PERSONALIDAD

La personalidad es la exteriorización de nuestro yo, que puede o no confundirse con nuestro carácter según sea nuestra autenticidad. A menudo la personalidad es una conveniente fachada que cubre un carácter débil o desagradable. Muchos juegan un papel, hoy en día, basados en lo que creen que debe ser una persona, y no en lo que realmente es. ¡Excelente fórmula para un caos mental y espiritual! Se origina por ajustarse a lo que los hombres consideran una conducta aceptable. La Biblia nos dice: "El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón" (1 S. 16:7) y "Guarda tu corazón, porque de él mana la vida" (Pr. 4:23). Es dentro del hombre y no fuera de él, el sitio apropiado para cambiar el comportamiento.

Resumiendo, el temperamento es la combinación de rasgos con los cuales nacemos; el carácter es nuestro temperamento "civilizado"; la personalidad es el "rostro" que mostramos a los demás.

Puesto que los rasgos temperamentales los recibimos genéticamente de nuestros padres, debemos tomar en cuenta ciertos factores del carácter que influyen sobre el temperamento. Sin duda alguna la nacionalidad y la raza juegan un papel importante en el temperamento here-

12 Temperamentos Controlados por el Espíritu Santo

dado. Usamos expresiones tales como “de nacionalidad excitable”, “de nacionalidad industrial”, “de nacionalidad fría” para describir lo que pareciera saltar a la vista.

Durante una gira misionera por Méjico, observé las grandes diferencias tribales en ese país. Me impresionaron sobremanera los indios Sapotaco. Muchas otras tribus eran negligentes, indiferentes y descuidadas en su manera de vivir. Los Sapotacos, en cambio, eran una tribu industrial y dotados de gran capacidad. En una de las aldeas que visitamos, se esmeraban en la técnica textil, y su sentido de la responsabilidad ofrecía un marcado contraste con las demás tribus. Si bien es cierto que la destreza la adquirirían aprendiendo, su adaptabilidad y deseo de superación estaban tan arraigados en todos los miembros que no quedaba más remedio que atribuir esa destreza a factores hereditarios.

El sexo de la persona también afecta su temperamento, particularmente en el ámbito de las emociones. Generalmente se acepta que las mujeres son más emocionalmente expresivas que los hombres. Hasta las más duras mujeres lloran en ciertas ocasiones, mientras que algunos hombres no lloran jamás.

Los rasgos temperamentales, bajo control o incontrolados, duran toda la vida. Pero a medida que avanzamos en edad, nuestros rasgos más duros y agrios tienden a ablandarse y madurar. El hombre aprende que si quiere vivir en paz con sus congéneres le conviene poner de relieve lo que tiene de fuerte y disimular sus debilidades. Muchos logran desarrollar su carácter y mejorar su personalidad, pero son comparativamente

pocos los que pueden cambiar su temperamento. Sin embargo, es posible hacerlo, como lo veremos en el próximo capítulo.

¿SE PUEDE CAMBIAR EL TEMPERAMENTO!

El apóstol Pablo tradujo en palabras el desgarrador grito de desesperación que brota del corazón de toda persona sincera que lamenta sus debilidades: “¡Miserable hombre de mí! ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?” (*Ro. 7:24, Versión Reina-Valera 1909*). Su respuesta es electrizante: “Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro”.

¡Efectivamente, el temperamento puede ser cambiado! No hay dudas de que así es, según lo manifiesta claramente Pablo en *2 Corintios 5:17*: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”.

Ya que el temperamento constituye nuestra “vieja naturaleza”, lo que el hombre necesita es una “nueva naturaleza”. El hombre adquiere la “nueva naturaleza” cuando recibe a Jesucristo en su vida. El apóstol Pedro podía hablar de este tema por experiencia personal, pues su temperamento cambió espectacularmente al recibir la “nueva naturaleza”. En *2 Pedro 1:4* se refiere a todos aquellos que “han nacido de nuevo”, por fe en Jesucristo, como “. . . participantes de

16 Temperamentos Controlados por el Espíritu Santo

la naturaleza divina, habiendo huído de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia”. La “naturaleza divina” que la obtenemos por medio de Jesucristo, es la única vía de escape al control que ejerce sobre nosotros nuestro natural temperamento, pues solamente por medio de él somos hechos “nuevas criaturas”.

Cierto es que algunos pocos individuos, con gran fuerza de voluntad y dominio de sí mismos, logran cambiar algunos aspectos de su temperamento y gran parte de su conducta, pero no curar todas sus debilidades. Aun ellos han caído en sus vicios habituales y dominantes. Satanás conoce muy bien cuáles son nuestras principales debilidades temperamentales, y no dudemos un instante de que usará su poder para derrotarnos. Su mayor deleite, con respecto a los cristianos, es verlos derrotados por sus propias debilidades. Sin embargo, podemos lograr la victoria por medio de Jesucristo, cuyo Espíritu puede hacer que todas las cosas sean nuevas en la vida del creyente.

En cierta ocasión, el doctor Henry Brandt, uno de los más sobresalientes sicólogos cristianos de América, afirmó ante un grupo de pastores que si sus pacientes no aceptaban a Cristo, nada podía hacer por ellos. No sabía de ningún tratamiento, en el ámbito de la sicología, que fuera efectivo para los problemas de comportamiento, pero en Jesucristo encontró la respuesta.

Para ilustrar más aún su absoluta confianza en el poder de Jesucristo, el doctor Brandt dijo una vez: “Podemos recurrir a nuestro trasfondo como una excusa por nuestro comportamiento,

solamente hasta el momento de recibir a Jesucristo como nuestro Señor y Salvador personal. Después de eso, contamos con un nuevo poder interior que nos capacita para cambiar nuestra conducta”.

Como pastor siempre me ha emocionado vivamente ver de qué manera el Espíritu de Dios toma un temperamento débil y depravado y lo transforma en un vivo ejemplo del poder de Jesucristo.

Admitamos que no todos los cristianos experimentan este poder transformador. Interroguemos a un esposo a o una esposa convertidos y, en algunos casos, aun los niños. En realidad, me duele tener que admitir que la mayoría de los cristianos no experimentan una *completa* transformación de sus temperamentos. La razón salta a la vista: el cristiano no ha “permanecido” en una constante relación con Jesucristo (Ver *Juan 15:1-14*). Pero eso no altera el hecho de que en el preciso instante en que la persona recibe a Jesucristo, recibe al mismo tiempo la “nueva naturaleza” que le posibilita hacer suya la afirmación de que “las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”. Veremos que este henchimiento del Espíritu Santo no sólo lo ordena Dios a todos los cristianos (*Ef. 5:18*), sino que controla la naturaleza del hombre de tal manera que vive, literalmente, la vida de Cristo. Pero antes de tratar ese tema, es conveniente que analicemos los tipos temperamentales básicos y saber qué podemos esperar que haga con nosotros el Espíritu Santo.